

LORENZO GARCÍA HUERTA

EL CANTOR DE

GUADARRAMA

LA NIÑA MUERTA

SEGOVIA:
1885.

MINNEAPOLIS
MAY 10 1888

1888

EL CANTOR

DE

GUADARRAMA

LEYENDA II.

Tercera parte.

LA NIÑA MUERTA

POR

D. Lorenzo Garcia Huerta,

PRESBITERO.

SEGOVIA:

Imp. «EL CARPETANO.»

Juan Bravo, 64.

1898.



LA NIÑA MUERTA.



LEYENDA

dedicada y presentada en audiencia particular

POR SU AUTOR Á

S. P. A.

LA SERENÍSIMA INFANTA

Doña María Isabel Francisca.



AUTORIZACIÓN ECLESIASTICA.

Propiedad del autor,
y no puede sin su permiso
reimprimirse.

UNA PALABRA.

En poesía estoy por el regionalismo como en lo político estoy por los fueros regionales. Cada región tiene su poesía como tiene costumbres y carácter propio, fiestas peculiares y traje suyo, como tiene su vario corte de montañas, su fauna y flora, su horizonte y cielo, diferentes del cielo, horizonte, fauna, flora y montañas de las regiones vecinas.

Dejad á los ríos libre nacer, libres cascadas y campiñas libres; que ellos con alegres murmullos y esmaltando de flores, de abundancia y vida, las márgenes y campos de su libre cauce, tranquilos y obedientes affuirán al océano con sus tributos.

La centralización á fuerza en uno como en otro ramo de lo material y científico, del arte y lo de patria, es la muerte de la inspiración y de la vida civil é individual. Fueros quieren las ciudades y las provincias para su cultura y progreso en los productos del campo y del bosque como en los artefactos de la fábrica y del taller, y fueros quiere el poeta para cantar el cielo y el arte, la flor y la fuente, las costumbres y tradiciones de su región; y así es como *la patria grande* tendrá robusta cabeza en lo intelectual y en lo material robusto brazo con vigoroso corazón y voluntad de hierro.

Decid al poeta que son inmutables en tiempo y distancia los eternos principios del arte, y dejadle que cante después á la sombra del árbol de su pue-

blo con el pájaro de la enramada, y que derrame al espacio sus ideas populares como su fragancia la flor de su huerto y de su prado.

Por eso la Iglesia Católica es la gran Madre de las libertades verdaderas y de la verdadera poesía; porque, siendo la infalible maestra de la verdad, nos muestra con su cetro resplandeciente, la cruz, los perennes manantiales del bien y de lo bello.

Hermoso cuadro: en la unidad poética de la nación la variedad poética regional; la vida de las provincias evolucionándose variamente en la vida del Estado, como en la vida de la Iglesia los institutos religiosos, como los astros en nebulosas y constelaciones por las azules inmensidades.

Del corazón se difunde á los ojos y á la boca, á la cabeza y á los pies, el glóbulo rojo de la sangre, que tiñe de resplandor las pupilas, y de hermosura la frente y cabellera, y en la lengua y en los labios pone cánticos y sonrisas, y ritma los pies en las coreas y danza, y matiza de esbeltez y gracia y airosos modales y meneos el cuerpo todo; y es más bello el conjunto, porque una poesía tiene el corear y otra la música y otra el mirar dulce ó airado y otra, en fin, la tersa frente y la sedosa cabellera, blonda como el oro, ó negra como ala de cuervo.

Verdaguer, Trueba, Rosalía Castro y cien otros han enriquecido la patria literatura con dorados manojos de las leyendas de su país; y su país los ha saludado ardorosamente, y les arrebató de las manos sus libros y cantares, y los repite en el bosque y el río, en la montaña y el valle, en la ciudad

y la aldea, y los bendice con orgullo, y los corona de flores y perenne hiedra, porque en ellos ve su historia, su cultura, sus héroes, sus hazañas, sus santos, sus creencias, sus monumentos, su genio, su pasado, su presente, su porvenir.

Y Segovia, que,—en cada piedra contiene un recuerdo histórico—según la bella frase del

Arcade guerrero,

Duro en el pelear, blando en canciones, el Conde de Cheste, segoviano de corazón si no de cuna, Segovia ¿no tendrá su poeta regionalista? Será quizás demasiado atrevimiento mío, pero, mientras no se presente con mayores títulos otro, y puesto que soy el primero en anunciarme como el trovador de sus leyendas y tradiciones en EL CANTOR DE GUADARRAMA, quiero llamarme el poeta regionalista segoviano.

Esto como segoviano; que como sacerdote lucharé en mis versos á brazo partido contra esa poesía deletérea del amor libre y de la duda. Soy el cantor del amor santo contra el amor libre, soy el cantor de la esperanza contra la desesperación y la duda. Esmeralda, tipo sublime de la esperanza cristiana y de la piedad filial, hoy tan castigada y tan sin freno, es la leyenda que pongo á tus ojos, pueblo segoviano, en *La Niña muerta*.

La Mujer muerta llaman otros á la figura que hace el Guadarrama en una de sus más enriscadas cumbres, y que ha coloreado mi fantasía y caldeado mi corazón al trazar su peregrina leyenda.

De su valor juzga tú, pueblo mío. Pero no pue-

do resistirme á poner aquí, siquiera como prenda de amistad y gratitud el juicio crítico de la misma formado por nuestro paisano el joven abogado y fácil escritor D. Feliciano de Burgos en *El Liberal Dinástico*, cuyo director ha sido desde Mayo á fines de Agosto del pasado noventa y siete. Dice así:

«Nuestro distinguido amigo y paisano el Presbítero D. Lorenzo García Huerta, laureado poeta y autor de innumerables composiciones, notabilísimas todas ellas, entre las que figuran la leída y premiada en el último certamen literario de la *Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País*, tiene en preparación una nueva leyenda, titulada *La Niña muerta*, y que es la continuación de *El Caballo del Conde* y *El Rico de Torredonjho*, que completan una de tantas como se encierran bajo el título EL CANTOR DE GUADARRAMA, cuya introducción ya se publicó en *La Legalidad* y en *El Adelantado*.

Hemos leído algunos trozos de esa inspiradísima é inédita composición, que pronto se dará á la prensa, y hoy nos complacemos en dar cuenta de ella á nuestros lectores haciendo un extracto de toda la leyenda, cuya última parte es la que ha inspirado los nuevos versos que hemos tenido el gusto de leer, y que prometemos publicar en breve, si logramos vencer los escrúpulos literarios y la repugnancia á exhibiciones que, inspirados en la modestia, tiene su autor.

I

Un Conde castellano poseía brioso corcel que

era objeto de la admiración y envidia de su Rey señor. El Conde rehusó dárselo, y solamente lo consiguió el Rey á cambio del ofrecimiento que le hizo de darle en propiedad todo el terreno que en ancho y largo abarcase su mirada en el correr de su caballo durante una hora. El Conde, avaricioso é impío que era, acepta entonces, y montando su caballo alazán emprende su carrera en la villa de Sepúlveda, no terminándola hasta ver caer reventado su corcel en Valdeprados, donde el Conde le levantó un panteón que aún la tradición conserva con el nombre de *Castillo del Caballo del Conde*. Desde entonces y por virtud del terreno que empezó á poseer, fué llamado el Conde, *El Rico de Torredondo*, por tener en este pueblo sus inmensas paneras.

II

Una tarde de estío llegó el Conde de paseo á las eras donde estaban aventando sus innumerables criados, y al contemplar el monte de trigo que de centeneras de parvas habían hecho, llevado de su avaricia y de su impía costumbre de blasfemar contra el Cielo, levantó los ojos y dijo: ¿Con esta miseria pagas; oh avaro Dios, mis sudores y fatigas y mi gran cantidad de grano arrojado en el surco? ¡Ojalá en tierra lo conviertas!

Dijo, y él con sus caballos, castillos, rebaños y paneras, con sus montes de trigo, paja y tamo, quedó convertido en tierra y peñascos. Al Conde se le siente lanzar horriblos gemidos, unas veces detrás del *Monte de trigo*, otras en el *Monte de la paja*,

y otras en el *del Tamo*, que siguen la corriente del río Milánillos hasta el monte de *Mazuelos*, donde descuella el Santuario de la Aparecida, descrito por el mismo celebrado vate Sr. Huerta en sus bien cantadas leyendas, premiadas en los certámenes de Lérida con *margarita, cítara y lira de plata*; y en su memoria del mismo Santuario, laureada con *escribanía de plata y pluma de oro*.

Otros, finalmente, le oyen gemir en la laguna de Peñalara y en la cumbre del Canto Peñaloso.

III

A su hija Esmeralda, la mediana entre las otras dos que tuvo, llamadas Cándida y Aurora, que murieron religiosas, le fué revelado que su infeliz padre quedaría convertido en roca y arrojado en los profundos del infierno, para vengar así la ira de Dios, inflamada por sus orgías é impiedades.

En una de sus plegarias la Niña tuvo una visión: vió á su padre convertido en peña y oyó una voz que la decía tal era el designio del cielo, así como que el Conde pagaría sus culpas consumiéndose en los abismos. Loca de dolor, suplica, ilora, y á fuerza de plegarias y suspiros consigue el arrepentimiento y la salvación de su padre á cambio de su propio sacrificio, quedando ella convertida en roca al lado de su padre: y encaminándose á la cumbre del Guadarrama, llega á ella, se arroja á la sima que á sus pies se abre y queda convertida en peñasco, esperando el transcurso de los siglos que den por cumplida su penitencia.

En las noches serenas bajan sus hermanas con los ángeles á consolar á la Niña, y ella suspira en las noches oscuras de nieve y tempestades y torbellinos, rogando por su desgraciadísimo padre. Los ángeles levantaron á sus pies una cruz de peñascos, que se divisa á muchas leguas, y finalmente, el poeta consuela á la Niña con que el tiempo rueda, que la eternidad no se muda y que, ahora siendo en la tierra la heroína de las hijas en el amor filial, será después la más gloriosa entre las hijas del Cielo.

*
* *
*

Esta última parte de la leyenda es la que sirve de base á la inspiradísima composición de que damos cuenta, y que no dudamos será también recibida por el público como las anteriores obras en prosa y verso del mismo laureado autor y poeta segoviano, el Presbítero D. Lorenzo García Huerta.*

Este es el dictamen del amigo y del paisano, y como paisano y amigo quizás haya sólo visto en ella tonos y matices que no descubra el extraño y forastero.

Tal y como es, ahí la tienes, pueblo segoviano. Léela; y si, como en otras mías, hallas sus páginas filigranadas de luz y de hermosura, reconoce en ellas, pues soy tu hijo, tu cultura, tu piedad y tu hidalguía.

Segovia 7 de Marzo de 1898.

LORENZO GARCÍA HUERTA,
Presbítero.



La Niña muerta.

Introducción.

En el paterno hogar héla aprendido.
De labios de mi madre brotó pura:
De esos labios de amor, donde segura
Eterno puso la verdad su nido.

No me quiso engañar. Era su hijo,
Quien escuchaba con febril anhelo,
Como escuchan los ángeles del cielo
La voz de Dios con santo regocije.

A mi madre su madre la contaba:
Y su madre escuchóla de la suya:
Y así brotaba de esos labios, cuya
Urdimbre el mismo cielo consagraba.

Así rayó desde el primero día:
Desde la primer luna así la vieron—
Los astros de la altura; así la oyeron
Las flores y los troncos de la umbría.

Oid atentos, pues. Es dulce y bella
Como el rayo primero de la aurora,

Que la flor y la nieve y linfa dora,
Como el ritmo del iris y la estrella.

Oidla atentos. De mi lira presta
Saltar ansia en desbordado giro,
Como de pecho ardiente fiel suspiro,
Como ingente raudal de roca enhiesta.

Brotar anhela en ondas plateadas
De fé, esperanza, amor y sentimiento,
Como el Eresma con gigante aliento
De sus fuentes de risco enguirnaldadas.

Ese Eresma de linfas tan serenas
Con el Clamores de girar tan suave
Y el Milanillos, que su historia sabe
Mejor que entrambos, me darán estrenas!

Y al oír al Cantor de Guadarrama
Lanzar al viento esa graciosa historia,
Llevan mi nombre al mar: y mi memoria
Brillará más que el sol, su luz y llama.

Valverde del Majano

6 de Agosto de 1897.



El amor de la Niña.

Amor: el mayor castigo,
 Con ser el mayor amigo,
 Que ve el hombre sin enmienda,
 Ven: tú el autor y testigo
 De mi graciosa Leyenda.

Tú, que en palacio y altar,
 En el campo y el hogar,
 Paz y guerra, ciencias y artes,
 Si en triunfos eres sin par,
 Dejas sangre en todas partes.

Una sonrisa ¡oh delirio!
 Hundió un imperio tal vez,
 Y ajaba un celeste lirio,
 Y embotó una espada y prez.
 ¡Oh amor, cuál es tu martirio?

¡Cuántas niñas de la tierra
 Lanzaron cándido el vuelo
 Por no entrar contigo en guerra,

Y hoy el claustro las encierra,
Porque son flores del cielo!

¡Cuántas rosas del Abril
De tallo fresco y gentil,
De purpurina corola,
Vieron ¡ay! roto su astil,
Ni el alba las tornasola!

Eres blando y fiero al par,
Amargo y dulce en la vida;
Pero siempre es tal tu herida
Que más valiera no amar.
Mas ¡ay! ¿qué pecho te olvida?

Mueve, pues, mi arpa sonora
Y mi corazón ardiente:
Quiero al rayar el aurora,
Quiero en la luna naciente
Cantar tu hazaña traidora.

Ven: y murmura al oído
Del Cantor de Guadarrama
La que en los siglos ha sido
La historia de mayor fama,
Porque más tú las has herido.

¿Cómo á aquella Niña, dime,

Esconde en sus rocas duras
Y en sus nieves y espesuras
El Guadarrama y la oprime
En sus troncos y hendiduras?

¿Quizá en sus labios de grana
Brotó una blasfemia insana?
¿En su manita de nieve
Vió el cielo delito aleve?
¿Fué impía? ¿Fué necia ó vana?

Si su pecho fué un Edén,
Si su boca fué un panal,
Si su mano fué un rosal,
Si al mundo llenó de bien,
¿Cómo el mundo la ve tal?

Tan justiciero Dios fué,
Cuya bondad es su esencia,
Cuyo pecho es la clemencia,
Que en tal suerte á la hija ve
Por un padre sin conciencia?

¡Oh! ¿Fué su clemencia tal
A favor de un padre impío
Que en ese ataúd glacial
De roca y nieve eternal
La aceptó por su desvío?

Así fué: tal su decreto;
Porque el amor así fué.
La tradición y la fé
Me contaron tal secreto
Un día que yo bien sé.

Cabe el Canto Peñaloso
Las peñas, plantas y flores
Y los pájaros cantores,
Astros, luna y sol hermoso
Me hablaron de esos amores.

¡Sublime filial amor
Que la tierra y cielo admiran!
Las nubes, que en torno giran,
Lo retratan con dolor
Y los vientos lo suspiran.

A las nubes y los vientos,
A los cielos y la tierra,
Y á tí, sobre todo, Sierra
De Guadarrama, do encierra
Esa Niña sus lamentos,

* * * * *

Os conjuro que bordéis
De luz mi citara bella,

Y que su caja llenéis
De sones con que á querella
Dulce por esa Doncella
Moverse el mundo veréis.

Y veréis que en los hogares
Por los siglos á millares
En las noches del invierno
Con acento blando y tierno.
Repetirán mis cantares,
El labio anciano y materno.

Y las niñas al oír
Entre el nevar y rugir
De los vientos y las nubes
Esa historia de querubes,
Ansiosas querrán subir
Do tú, Guadarrama, subes.

Y subirán los guerreros.
Y subirán los yunteros.
Y subirán los pastores
Adonde los riscos fieros.
Y huracanes vocingleros
Se cuentan esos amores.

Y en cada rumor de río
Y en cada flor de su falda

Y en cada fresca esmeralda
De brizna y en el rocío
De cada tronco y guirnalda
Verán este canto mío.

Y zagales y labriegos
Y adalides victoriosos
Con los vientos tempestuosos
Alzarán entre piadosos
Y tristes por ella ruegos
A los cielos amorosos.

Y dirán al descender
De aquella huesa gigante:
—¡Pobre Niña! por amante
¿Tanto quiso padecer?
Niñas, ¿dudáis aprender
Amor tan fino y constante?—

¡Cuántos hijos hoy el mundo,
Ve tan ingratos y altivos
Que debiera verlos vivos
Lanzados en un profundo
De hielo y fuegos activos
Con lloro eterno infecundo!

Hijos, aprended ahí
El sagrado amor filial,

Niñas, si ascendéis aquí,
Cuando la miréis así
En ese ataúd glacial,
Leed esto que escribí.

Dichosos lares aquellos,
(Jamás los ve el cielo santo.
Ni tan ricos ni tan bellos),
Donde puede ese amor tanto
Que en la dicha y el quebranto,
Dulce esparce sus destellos.

Y pues á mi voz potente
Veo atenta ya la gente
De mi adorada región,
De ese helado panteón
De piedra y troncos tu frente.
Levanta, Niña, á mi son.

Quiero de tu labio helado
Escuchar tu misma historia.
Deja esa sima mortuoria.
Irgue tu petrificado
Pecho; que á tu diestro lado
Me tienes, Hija de Ontoria.



Visiones.

Era radiante aurora del estío:
Los astros en la bóveda azulada
Escondían su frente coronada
De ritmo, claridad, sueño y rocío,
Al sonreír el alba nacarada.

Su gayada corola ya las flores
Desplegaban al rayo matutino:
Las auras y los pájaros cantores
Y las ondas cantaban sus amores
En el lejano campo y el vecino.

Desde la altiva torre la campana
Argentina lanzaba soberana
Su voz á la plegaria convidando,
Y el río y valle y bosque saludando
Iban su voz de amor con la mañana.

Bajo el brazo robusto y atezado
Del segador caía áurea la espiga,
Que llena la esperanza y la fatiga.

Del labrador, y raudo el trillo, armado
De cuchillos, al bieldo y troj la obliga.

Y en las eras, rastrosjos y espesuras,
Y en los oteros, valles y caminos
Se postraban devotos los vecinos
A saludar con voces de amor puras.
A la Reina de alcázares divinos.

Y con la dulce esencia de las rosas
Y con las suaves voces melodiosas
De los ríos, las aves y enramadas,
Ascendían al cielo, coronadas
De luz, tantas plegarias amorosas.

En vagas espirales ascendían
Con las brumas de pliegues de oro y seda,
Que giran por la sierra y la arboleda
Y el río en ondas leves, y gemían
Con ritmo blando, que al querub remeda.

Pero reina de todas las plegarias
En luz y amor y gracia y pena y gloria
Era la prez, que en espirales varias,
Cruzando las regiones solitarias,
A Dios subía de tu templo, Ontoria.

Era el gemido, era la prez ardiente.

De la Niña Esmeralda, que al Eterno
Ofrecía su pecho amante y tierno
En víctima de llama permanente
Por el maldito de su hogar paterno.

La voz blasfema de su padre el Conde
Mezclada noche y día con el ruido
De sus carros y troncos y el ladrido
De sus lebreles, resonaba donde
Reina el Señor como infernal aullido.

Y contra aquella altiva frente impía
Y contra aquella boca de blasfemo
Y contra el corazón aquel de fiemo
En el alcázar del Señor ardía
El rayo ingente en vértigo supremo.

Del pozo del abismo en espirales
De humo y de azufre y de estallante llama
Surgían escuadrones infernales
A vengar con los rayos celestiales
La ira de Dios que el Conde vil inflama.

Vieras en cada tronco del sombrío
Parque y en cada risco de la Sierra
Y en la espiga y terrón de cada tierra
Un anatema contra el Conde impío
Y el gigante palacio que le encierra.

Y ese anatema de la tierra y cielo
Tronaba con el rayo y torbellino
En el bosque, en la Sierra, en el camino,
En el prado, en el valle, en todo suelo
Donde fijaba el Conde el pie dañino.

Ese estallido y voces de venganza
Y rugidos y silbo temeroso
Y sarcásticas risas de espantoso
Coro infernal y duendes bien alcanza
La Niña en sus vigiñas y reposo.

Y cada aurora en su salón, vestido
De oro, damasco, alfombras y tapices,
Y cada tarde al sol languidecido
En el templo callado y recogido
Oía esos estruendos infelices.

Y veía en el cenit centellante
El rayo de Jehová, que fiero estalla
Contra su impio padre, y que á batalla
Llamaba al trueno y piedra fulminante,
Que ya rompen contra él su tasco y valla.

Y veía surgir de los profundos
Escuadrones de espíritus inmundos,
De sarcástica ruda carcajada,

De venenosa é ígnea mirada,
En muerte y fuego y tempestad fecundos,

Contra el rocoso espléndido castillo,
Donde su padre en el placer vivía,
Entregado á las sotas y la orgía,
Y haciendo resonar foso y rastrillo,
Salas y patios en blasfemia impía.

Y aterrada la Niña en sus visiones,
Las pupilas de virgen levantaba
Al Cielo santo, y gruesos lagrimones
Abrasaban su rostro como lava,
Y su áureo labio ardientes oraciones.

¡Oh! quien pusiera atento los oídos
A sus ayes, sollozos y gemidos
Incesantes, caldeados, borrascosos,
Y viera sus rasgados, sus hermosos
Ojos azules, en dolor teñidos,

Y marchito su labio purpurino
Y sus mejillas de escarlata y nieve
Y aquella boca de rubí, do en leve
Onda el amor purísimo y divino
Con la inocencia jugar se atreve,

Y caídos sus brazos torneados

Sobre el nevado seno, y ¡ay! clavados
En el sangriento y mudo Crucifijo
Aquellos ojos, de terror velados,
Y henchido el pecho de llorar prolijo,

Crejera ver el ángel refulgente
Del amor, la esperanza y la inocencia,
Ceñido de cilicio y penitencia
Para salvar á la cristiana gente,
Y demandando à Dios paz é indulgencia.

Yo quisiera el acento soberano
Con que un día llenó el dolor cristiano
Las santas Catacúmbas, yo quisiera
La voz del serafín y su áurea mano,
Que en gozo arroba á la celeste esfera;

Para que fuese mi dorada lira,
Eco lejano, mas veraz y puro
De la plegaria, que en los labios gira
De la Niña infeliz cuando suspira
Del templo santo en el recinto obscuro.

Una tarde de estío al sol muriente
En el ámbito santo penetraba,
Cuando en el firmamento azul rayaba
La estrella del amor resplandeciente,
Y del Sagrario al pie se arrodillaba.

Cruzó las manos, una vez de hinojos:
Clavó piadosa sus azules ojos
En el divino Dueño del Sagrario,
Y en el ámbito obscuro solitario
Un ¡ay! lanzaba de sus labios rojos.

Y desplegando sus rosados labios,
Ricos de amor y de esperanza sabios,
Y vertiendo dos perlas encendidas
Por sus luceros, del dolor nacidas,
En su padre pensó y en sus agravios.

Súbito del altar rayó sereno
Vívido rayo de misterios lleno,
Que hermoseó su tersa rubia frente
A manera de nimbo refulgente,
Mas no de triste profecía ajeno.

A través de aquel círculo de lumbre
Vió descender de la estrellada cumbre
Un astro de rojiza opaca llama:
Y en su centro que la ira eterna inflama
Descubría tremenda pesadumbre.

Entre negros peñascos de granito,
Quemados por un fuego de infinito
Furor, vió convertido en roca dura,

Cercado de dolor y noche obscura,
Su mismo padre que lanzó hondo grito.

Y yerta de pavor la desgraciada
Cerró herméticamente la mirada
Para no ver tan espantable escena:
Y ¡oh! cuanto más quiere cerrar pasmada
Sus ojos, más la ve de horrores llena.

Y cuanto más sumida en su delirio
Huye de aquel infierno y cruel martirio
Y con sus manos sus pupilas cierra,
Oye una voz de trueno del Empirio,
Que en paroxismo bárbaro la atierra.

Y decía la voz:—Por sempiternos
Siglos como una tea en los infiernos
Hecho de piedra azufre arderá infame
(Aun cuando su hija el vil, cruel te llame)
Tu padre el Conde. Sinos son eternos.

No ruegues más por él. Humilde acata
Los decretos de Dios. Cese tu llanto.
Levántate del suelo y de tu espanto.
Hoy mismo en estallante catarata
Rueda al abismo. Adora á Dios que es santo—

Dijo: y calló la voz. Se plegó el rayo,

Que en un principio como el iris gayo
Su sien orlaba, ya pálida é inerte;
Mas ella no tornaba de su muerte,
Y más crecía su letal desmayo.

Ni cejó la infeliz de sus plegarias
En su vértigo horrible, ni su lloro
En sus pupilas se secó. Un tesoro
De más piedad filial, de solitarias
Preces, llenaba altar y nave y coro.

Y de sus labios cárdenos gimiendo,
En martirio de amor inmaculado,
Férvida prez, de vuelo sosegado,
Llegó al altar, y con su vuelo hiriendo
La puerta de oro y velo purpurado,

—Señor de las justicias y la muerte,
Señor de las piedades y la vida—
Dijo,—yo soy la prez de la hija herida,
Que en las losas del templo yace inerte,
Y á tí me envía, pues tu amor convida.

Bendita sea tu divina mano
Cuando espärce la luz, la paz, la gloria,
Como en el surco el labrador el grano;
Y bendita en el triste día insano
En que de sangre tiñes ¡ay! la historia.

Bendita sea tu piedad, Dios mío,
En el calor y hartura, el hambre y frío,
En el día y la noche y la alborada,
Cuando viertes las flores y el rocío,
Y el rayo y piedra en tempestad airada.

Doquier seas bendito, Dios piadoso.
Siempre piadoso en bienes y castigo.
Igualmente por ambos te bendigo:
Que siempre en ambos eres amoroso
Padre y Señor, Juez manso y fiel Amigo.

Oigame tu bondad. Clemente escucha
En el hervor de su reñida lucha
A la Niña que amaste con delirio.
Honda es su pena: su inocencia mucha.
¡Oh! librala, Señor, de su martirio.—

Así gimió la prez. Como una rosa
Su corola al ciclón, ella su frente
De nieve y grana, y ¡ay! ahora doliente,
Al borde del Sagrario lagrimosa
Inclinó y confiada y reverente.

Y del Viril, donde de amor cautivo
Mora el Dios del Pesebre y del Calvario,
De nuevo destellaba rayo vivo,

Que en aureola de llamear activo
Doró la Niña, el templo y el Sagrario.

Y á Esmeralda volvió su paz y aliento:
Y ella besando el frío pavimento,
En cruz sus brazos yertos extendía,
Y con suspiro hondísimo gemía,
Mirando de hito en hito al Sacramento.

—Habla:—dijo en el rayo centellante
La voz de Dios, que en el cenit radiante
Y en tierra y mar y abismo eterna impera.—
Habla ¿Qué quieres? En mi amor espera:
Mas mira mi justicia fulminante.—

Y Esmeralda sus labios carmesies
Desplegando al amor y la esperanza,
Así rogó al Señor, quien su venganza,
Conforme de su boca de rubies
Brotando iba la prez, trocó en bonanza.



Su plegaria.

—Piedad, Dios mío, piedad.
 Perdón, Dios mío, perdón.
 Oye pío mi oración
 Por tu infinita bondad.

Inclina tu santo oído
 A mi plegaria inocente:
 Mira bien mi pecho herido,
 Mira bien mi herida frente.

Calma, Señor, tus enojos.
 Detén tu rayo, detén.
 Vibralo contra mi sien
 Aquí yacente de hinojós.

Por tu Cruz ensangrentada,
 Por tu Sagrario y tu Madre
 Perdona, Padre, á mi padre:
 Envaina contra él tu espada.

Ó bórrame de tu Pecho
 Y del Libro de la vida,

Ó lánzame en ese lecho
De lava y roca encendida,

Donde mi padre se abrasa.
Por los siglos sempiternos,
Ó libre de los infiernos
Ponle en tu radiante Casa.

Este es mi ruego, Señor.
Por su padre es de una hija.
Tú, que sabes qué es amor,
Señor, que el mío te aflija.

Y si tu decreto es tal
Que él en roca se convierta,
Yo por él en roca yerta
Con él quiero verme igual.

Por cuanto los siglos giren,
Por cuanto rueden los cielos
Que en petrificados velos
Cielos y siglos me miren.

Pero te ruego, Dios mío,
Que mi eterna penitencia
Alcance eterna indulgencia
Por mi padre, cierto impio;

Mas ¡oh! padre mío al fin

Y alma por tí redimida.
¡Ah! por tu sangre vertida
Ponle en tu cielo y jardín.

Y vean todas las gentes
Que, vengando tu justicia,
La vió una hija propicia
Con sus lágrimas ardientes.

Y el abismo y tierra y mar
Y el cielo á tu santo nombre
Cantarán sin fin:—Ya amar
No pudo más Dios á un hombre.—

Escúchame, Dios de amor;
Si á él una roca le encierra,
Que á mí me encierre la Sierra
Hasta que quieras, Señor.—



Esperanza y martirio.

Oraba así. Dos lágrimas de fuego y sangre puras,
 Rodaron por sus tiernas mejillas de clavel:
 Y el frío pavimento sintió ablandar sus duras,
 Gastadas losas luego de recibirlas él.

Las losas una á una sus ayes repitieron,
 Las losas una á una su fêrvida oración:
 Y todas las estâtuas al par se estremecieron,
 Con bóvedas y naves al murmurar su son.

Y con las duras losas, las bóvedas y altares,
 Gimieron ¡ay! los ángeles de bóveda y altar:
 Y todos un momento, dejando sus cantares,
 Plegado el vuelo de oro, pusieronse á rezar.

Rezaron por la Niña, más pura que sus alas,
 Rezaron por su padre, más negro que Luzbel:
 Y á ella se acercaron para besar sus galas,
 Diciéndola al oído:—Espera en Dios que es fiel.

Espera: y si el Eterno tu penitencia quiere,
 Y la enriscada Sierra te da helado ataúd,

Nosotros cada luna y cuando el alba muere
A ti descenderemos con flores y laúd.

Espera, Niña, y sufre. Sufre, Esmeralda, espera;
Que el Dios de las venganzas es Dios de amor también.
Si convertida en roca te ve siglos la esfera,
En rosa eterna luego te guardará el Edén.—

Así pasando á turno dijéronla al oído
Con voces armoniosas los ángeles de Dios:
Y el rayo del Sagrario, de nuevo descendido,
Se replegó de nuevo y ellos con él en pos.

Y al resplegarse el nimbo de luz resplandeciente
Salía de su centro la voz de Jehová:
—Pues tan amante hija te ve mi ojo clemente,
Lo que quisiste sea: mi amor contigo está.

Pero también contigo por siglos incontables
Verás mi brazo airado desde el cenit azul.
Altivo el Guadarrama con brazos indomables
Te oprima en troncos, rocas y tempestuoso tul.

La nieve y el granizo, la escarcha y frío y hielo,
El trueno con el rayo, la negra tempestad,
La tierra con raíces, con torbellino el cielo
Circundarán tu huesa según mi voluntad.

Tu impío padre, digno de las eternas llamas,
Mi rostro en las alturas verá sólo por tí.
Hoy sed peñascos. Basta. Soy Dios, Y pues no miento,
Niña Esmeralda, espera. Te amo. Espera en mí.—



Camino de la Sierra

Al callar la voz de Dios.
 Esmeralda sonreía.
 Sonreía dulcemente;
 Paes en aquella hora misma
 Exhala contrito un ¡ay!
 Su padre, y se petrifica.
 Cruzó de nuevo las manos:
 Besaba las losas frías,
 Y entonando á Dios un himno,
 Del templo santo salía.
 ¡Jamás tan bien como entonces
 Esmeralda la dirían!

Esmeralda, mi Esmeralda,
 ¡Cuánto, cuánto esperarías!
 Esperar debes por cuantos
 Siglos las estrellas brillan.
 Se hundirán tronos é imperios;
 Al caos irán perdidas
 Tras unas generaciones.
 Otras que á empujarlas iban;

Pasará el helado invierno
Con sus nieves y ventiscas;
Pasará la primavera
Con su florida alcatifa;
El estío pasará
Con sus doradas espigas;
Pasará, en fin, el otoño
Con sus racimos y piñas,
Y tú, Esmeralda infeliz,
Te verás siempre la misma:
Una roca que un sudario
Cubrirá en la Sierra altiva
Del Guadarrama; y los pueblos
Dirán al verte: — Es la Niña
Muerta. Miradla, miradla.
¡Cuánto á su padre quería!—

Al salvar el santo umbral,
La noche azul ya tendía
Su negro manto, sembrado
De mil luces peregrinas;
Y detrás del pabellón
Donde los astros oscilan,
Serena y pura brillaba
La faz del Señor divina.
Y la luna y los luceros
Con mudo acento decían

A la pobre Niña:— ¡Cuánto,
Cuánto, Niña, esperarías!
Cada noche ceñiremos
De fulgor tu huesa fría:
De rocío cada noche
La orharemos, pobre Niña.—
Y— ¡pobre Niña!— con ellos
Tierra y cielo repetían.

Sus pasos ella guiaba
Al paterno hogar tranquila,
Antes de llegar á él,
Al revolver de una esquina,
Convertido en un peñasco.
¡Ay! su castillo veía;
En un peñasco gigante,
Cuyo contorno iluminan
Luz fosfórica, luz trémula,
Luz siniestra, luz rojiza.
Si Dios no la diera aliento,
En desmayo caería.

Huyó de Ontoria al instante;
A la Sierra se encamina.
Según se acerca á su falda
Mil fantasmas le venían:
Cada peña y cada tronco,

De vez á prensarla iban;
Pero el ángel de la Sierra
—Aún no es hora—les decía.

Caminaba, caminaba,
Cruzando grietas hondísimas,
Cruzando enormes peñascos,
Cruzando espesas umbrías,
Y á cada paso que daba
El Guadarrama crugía,

De cada tronco, de cada
Flor, de cada roca viva,
De cada caverna y fuente,
Y venero y grieta y brizna,
Triste, muy triste un gemido
Hondo, muy hondo salía:
Y al oírlos, sosegada
Esmeralda sonreía:
Pero latidos muy fuertes
Le da el corazón de niña,
Y sus sienes azoradas
Como su pecho latían.

A punto de media noche
Su planta pisó la cima
Del soberbio Guadarrama,
Y ve que todo dormía.

Reposan en dulce sueño
La aldea, ciudad y villa,
Los pájaros en las ramas,
Las fieras en sus guaridas;
Sólo Valsain de lejos
Sus graves notas la envía
De sus inmensos pinares
En las frescas y tranquilas
Auras, cargadas de aromas,
Que ansioso el pulmón aspira.

Y á la par de Valsain,
Según que se precipitan
De peñascos en peñascos
Al prado y á la campiña,
El Eresma y Milanillos
Desatan en armonías
Soñolientas sus raudales,
Que al dulce sueño convidan.

En medio del firmamento
La luna argentada brilla,
Y centellean los astros
En su cúpula zafírea,
Como atisbando con ansia
Qué va á hacer la pobre Niña:
Ella más bella y más pura
Que la estrella matutina;

Y ¡antes que se oculten ellos
¡Ay! ella se ocultaría
En un ataúd de piedra,
Nieve y raíces torcidas,
Por siglos innumerables
Según los cielos querían!

Pisa la cima gigante,
Y al pisar se abrió una sima
En el hilo de la cumbre
Tan grande que sobraría
A encerrar en sus entrañas
La segoviana provincia.
Un mugido temeroso
De su cóncavo surgía
Como la voz de un volcán,
Como las blasfemias mismas,
Que resuenan en los antrós
De las almas ya precitas;
Y con el mugido horrendo
En cárdenas culebrinas
Estalló del negro fondo
Un rayo de luz rojiza,
Que en las rocas de granito
De aquella insondable sima
Grabó en moldes imborrables
Esta sentencia divina:

—Haz penitencia cien siglos
En granito convertida
Dentro de esta huesa enorme
Por tu padre, infeliz Niña,

Lo quisiste: Dios también.

Tiéndete, pues, en la fría
Tumba que tú has escogido
Por penitencia inaudita.

¡Qué duro te fué el amor!

¡Cuánto amaste, pobre Niña!

Espera en ese ataúd

Hasta que el Dios, que te hundía,

Con su voz omnipotente

—Levántate, y ven— te diga.—



La Petrificada.



Así mugió la sima con espantoso trueno,
 Y en gigantescos surcos
 De nuevo más se abrió:
 Y en cada surco un rayo centelleó sereno,
 Y en cada rayo un nombre
 De bendición brilló.

En la estreñada esfera brillaron nombre y rayo,
 Y retumbaba el trueno
 So el firmamento azul:
 Y el trueno era harmonioso, y el nombre en luces gayo;
 Y el resplandor bordaba
 De púrpura su tul.

Y el nombre era *Esmeralda*, y el rayo era un destello
 Del trono refulgente
 Del mismo Jehová:
 Y un ángel de alas de oro y azul ropaje bello
 Cantaba:—En los anales
 De Dios tu nombre está.—

Y mientras en la cumbre de estrellas y luceros
El nombre de Esmeralda
Brillaba con amor,
Los retorcidos troncos y los peñascos fieros
Comienzan á estrecharla
Sus plantas con rigor.

Ella con faz serena y corazón tranquilo
Y sonrosados labios
Tendióse en su ataúd:
Cruzó sus manos blancas, sus ojos hilo á hilo
Brotaron una perla
De heroica virtud.

Signó su tersa frente, signó su boca y pecho
Con la señal purpúrea
Del santo Redentor,
Dejando consagrada la Sierra trecho á trecho
Y aquella tumba inmensa
Que le labró su amor.

Y su florido manto en ondas desplegada,
Y vió petrificarse
Sus fimbrias por doquier:
Aquel sedoso manto, que regante ondeaba,
Las calles y las plazas
Y el templo al recorrer.

El frío de las rocas, sus capas y filones
En berroqueños hilos
Por él tender sintió:
Sintió que el zumo y savia de troncos á millones
Como una inmensa mancha
Por él se propagó.

Pero sintió con frío de muerte, que no acaba,
La savia, el zumo y vetas
Correrse por sus pies;
Y por su blanco seno, que hasta el delirio amaba,
Sintió con hielo y sombra
Cuajándose á través.

Sintió petrificarse sus torneados brazos
Que por su padre en ruegos
Alzaba hasta el cenit:
Sintió trocarse en peñas y arborescentes lazos
Sus manos ¡ay! sus manos
De nieve la infeliz.

Sintió que sus mejillas de carmesi se helaban:
Sintió que era de risco
Su lengua virginal.
Sintió que sus pupilas de luz se acantilaban;
Sintió rocosos, yertos
Sus labios de coral.

Y en fin, ¡ay! convertirse su corazón ardiente
Sentía en un peñasco:
Sentía que su sien,
Su rubia cabellera trocábase en ingente
Caverna de veneros
Y estalactitas cien.

Y al pretender ansiosa rogar por el impío
De su blasfemo padre,
También, también sintió
Que su plegaria férvida se convertía en frío
Peñasco que en la huesa
Profunda se sumió.

Sumióse con su cerco de lirios y de rosas
Aquella su plegaria
De inmenso amor filial:
Sonaron en los cielos mil voces armoniosas,
Y tachonaron nimbos
La bóveda eternal.

Y lluvia de claveles, de rosas y azucenas
En medio de armonías
Angélicas de amor,
Y círculos de luces purpúreas, serenas
Y azules la honda huesa
Llenaron en redor.

Y forman ramilletes con arcos y guirnaldas,
Que los peñascos duros
Petrificando van:

Y encima de la Niña semejan esmeraldas
Y perlas los claveles,
El lirio y tulipán.

Y entre la gayá lluvia de cantos y de flores
Subían y bajaban
Los ángeles de Dios:

Pero, según subían, más duros y mayores
Los riscos ascendían
Del coro alado en pos.

Los colosales bordes de la insondable huesa
Por puntos se estrechaban
Tras del subir aquel:

Y se desvanecía la hermosa lluvia espesa
De luces y cantares,
De rosas y clavel.

Y cuando aquella tumba para cerrarse estaba
Con erizados riscos
En tosca confusión,
Bajaron de la esfera, que más centelleaba,
Dos almas, más hermosas
Que los querubes son.

Dos rosas semejaban del santo Paraíso:

Dos astros parecían
Del trono de Jehová.

Dos niñas eran: vieras en su mirar y riso

A Cándida y Aurora,
Que gozan de Dios ya.

Si: Cándida y Aurora, hermanas de Esmeralda,

Que á Dios su blanco lirio
Juraron consagrar:

Y un día las vió el mundo con nivea guirnalda

Y mantó rozagante
Por hostias del altar.

Y al cielo se ofrecían por su blasfemo padre;

Y Dios su sacrificio
Purísimo aceptó:

Y un alba dos querubes la que es Virgen y Madre

Por ellas amorosa
Desde el cenit mandó.

Sus ángeles de guarda subiéronlas adonde

La luz, la paz, la gloria
Y amor eterno están.

En su temprana muerte reía impío el Conde

Por ellas rió el cielo:
Por él rió Satán.



Por Esmeralda, que era de abril la segunda,
Pero en virtud sublime
De todas la mayor,
Llegáronse de hinojos con oración profunda
Al solio de luceros
Inmoble del Señor.

Bajaron, pues, amantes en leve manso vuelo,
A punto de cerrarse,
Al hondo panteón:
Y un beso encendísimo con infinito anhelo
Estampan en su frente
De troncos y peñón.

Y apenas aquel beso de llama enrojecía
Aquella mustia frente,
Tan fresca y pura ayer,
Con sus helados labios á entrambras sonreía;
Como en el Norte al alba
Los hielos, al nacer.

Y desplegaron ambos sus labios á los vientos,
Y el coro de los ángeles
Templaba su dinnor:
Y esparcen al tranquilo espacio estos acentos
De amor y de esperanza,
De gloria y de dolor:

El cántico.

—Duerme, Esmeralda, duerme tranquila
Mientras la luna argentada oscila
Por las regiones de oio y zafir:
Que tus hermanas en manso vuelo
A verte bajan al triste suelo
Con palma y nimbo de luz y ofir.

Ruedan los siglos, los astros giran,
Y los raudales, mientras te miran,
Con los peñascos al hondo van:
Y según ruedan, de tu sudario,
De nieve y troncos y riscos vario,
Descomponiendo la urdimbre están.

Ora y espera, sufre y reposa
Bajo esa enorme tumba rocosa:
Clava tus ojos en el Edén.
Mira la palma resplandeciente;
Ve la corona que el Dios clemente
Guarda á tu mano, guarda á tu sien.

Duerme en tu helada sima profunda,
Sublime mártir y sin segunda,

De la más tierna filial piedad.
Duerme, Esmeralda, duerme tranquila,
Mientras la luna argentada oscila,
Muda cruzando la inmensidad.—



Sobre la tumba.

Así cantaba el refulgente coro
 Con sus laúdes de oro
 Sobre la inmensa tumba de Esmeralda:
 Pero la voz de Cándida y Aurora
 Más que ellos enamora
 Al cielo y éter, á la cumbre y falda.

Era tan dulce el fraternal acento
 Que el monte, el astro, el viento
 En eco blando su himno repetían.
 De amor heridos, do la Niña gime
 Con muerte y ¡ay! sublime,
 —Duerme, Esmeralda, duerme,— la decían.

Si en las noches serenas de verano
 Levantas desde el llano
 Al grave Guadarrama tus pupilas,
 Oirás, viendo una lluvia de oro y flores,
 Tal cántico de amores,
 De notas dulces, tiernas y tranquilas.

Y verás en la cumbre de la Sierra,
 Donde á Esmeralda encierra

Dentro de sus entrañas de granito,
Suave agitando el ala blanca y de oro
Resplandeciente coro,
Y á Cándida y Aurora en lo infinito.

Y sentirás que Cándida y Aurora
Esa canción sonora
Lanzan á los espacios estelares
Según vuelan en torno del sudario
De rocas solitario,
Y responderles riscos y pinares.

Y verás removerse la enriscada
Sierra que consagrada
Dejó el pie virgen de la Niña muerta,
Y á Cándida y Aurora, que anhelosas,
Lloviendo luz y rosas,
Se arrojan á su hermana viva y yerta.

Y estampan en su frente y en su boca
De troncos y de roca
Beso, que el hierro y nieve fundiría;
Y oirás decirla en voz de amor sincera
Cada cual:—Sufre, espera:
Sufre, Esmeralda; espera, hermana mía.—

Y á su beso de llama y á su acento
Que lleva alegre el viento

Al pinar, al torrente y á la falda,
Verás teñirse en tenue luz de rosa
 Su cûspide rocosa:
Triste y dulce sonrisa de Esmeralda.



El ¡ay! en la tempestad.

Pero, si negra tempestad retumba
 Sobre su inmensa tumba,
 Y mugen los pinares y torrentes
 Con torbellino y piedra y trueno y rayo,
 Oirás que en su desmayo
 Abre sus labios cárdenos rigentes.

Exhala un ¡ay! su corazón helado,
 Y su petrificado
 Pecho se abulta con sus brazos mismos:
 Es que la pobre Niña se extremece
 De horror por si aún merece
 Ser lanzado su padre en los abismos.

Por él ruega á Jehová, que cabalgando
 Pasa relampagueando
 Sobre la tempestad y el torbellino.
 —Perdónale, Señor del rayo y trueno,
 Mas de piedades lleno;
 No apure eterno tu furor divino.—

Y del obscuro seno de la nube
 Y el vuelo del querube,

Que hostiga los nublados por el viento,
Envuelta en el relámpago y tronido
Con hórrido chasquido
Zumba la voz de Dios:—Basta. No miento.

Soy Padre. Sufre y ora hecha un peñasco.—
Calla: y al hondo casco,
Donde la frente de la Niña posa,
Desciende silbador el rayo ardiente,
Y su labio y su frente
Quema y los trueca en fibra más rocosa.

Y huye la tempestad del Guadarrama;
Y luego suave llama
Desciende de la bóveda serena:
Y corona de tenue y rósea lumbre
La peñascosa cumbre,
Y al viento y éter voz alegre suena.

Mas ella cada vez que en noche obscura
Sobre su sepultura
Ruedan el huracán, nieve y pedrisco,
Por su padre infeliz tierna plegaria
Eleva solitaria
De su pecho de troncos y de risco.



¡Siempre la misma!

En los días del invierno
 Bello es la Sierra mirar
 Desde el abrigado hogar,
 O en el regazo materno:
 Mirar su ropaje eterno
 De témpanos y de nieve
 Cuando majestoso y leve
 Se levanta el sol radiante,
 O lluvia de oro y diamante
 En el rojo-ocaso llueve.

Bello el esmaltado ver
 Sus blanquísimos cendales
 De rubies celestiales,
 De esmeralda y rosicler,
 Que gayas dejan caer
 De su manto de oro y grana
 Al pisarlos, la mañana
 Con sus pies de azul y rosa,
 O al tender la tarde hermosa
 Su dosel de filigrana.

Bello en la noche callada
Como fúlgidas almenas
Ver sus cúspides serenas,
Y á la luna plateada
Mover por su nieve helada
Tranquila su argéntea rueda,
Y bordar de luz y seda
Desde el firmamento azul
Aquel fantástico tul,
Que manto de hurís remeda.

Pero si audaz á deshora
El recuerdo nos despierta
De la pobre Niña muerta,
Que día, noche y aurora
Bajo aquellas nieves llora
Sola, yerta, convertida
En risco y tronco y en vida,
Se hiela el pecho de horror,
Y un ay de pena y amor
Lanza el alma estremecida.

Las nieves y los granizos,
Los colgantes ventisqueros
Y los huracanes fieros
Y los aludes macizos,
Que fantásticos hechizos

De radiantes torreones,
Ojivas y rosetones,
Fingen con gayos reflejos
A las pupilas de lejos,
Son sus tristes pabellones.

Sobre sus labios helados
Y su corazón rigente,
Sus cárdenos pies y frente
De enormes acantilados,
Torbellinos y nublados
Forman colosos de hielo,
Que se yerguen hasta el cielo
Oprimiendo á la infeliz,
Quien resignada al cenit
Ora en incesante anhelo.

Y bajo aquella mortaja
De nieve, de hielo y nieblas,
Que en la luz y en las tinieblas
En témpanos se desgaja,
Ella dentro de su caja
De misteriosos trampales,
Raíces y peñascales,
Por su padre al cielo ruega,
Y pura su oración llega
A las cumbres celestiales.

Yo la he sentido llorar
Con voz triste y apagada,
Troncosa y petrificada,
En las noches al nevar,
Y su eco vagar, vagar
De la noche en el imperio,
Dando terror y misterio
A la voz de la campana,
Imponente y soberana,
Del lejano monasterio.

Tiene en el cenit clavados,
Inmóvil en su ingente huesa
Por la inmensa mole opresa,
Sus ojos petrificados.
Neveras y acantilados
Crecen, merman, se derrumban:
Llegan, huyen, brillan, zumban
Ciclones y tempestades,
Que por las inmensidades
Centellean y retumban.

Y ella en su primer postura
Mirando siempre al Empirio,
Resignada en su martirio
Se ofrece como hostia pura.
Raya el día, huye: la obscura

Noche su manto despliega:
La nueva claridad llega:
Pasan meses, años siglos,
Luz, sombras, iris, vestiglos.....
Y ella inmoble ruega, ruega.

Valsain y Riofrio
Y la Granja y sus jardines,
Fuentes, palacios, festines,
Músicas y poderío,
Para ella son desvarío
Y vanidad, humo, nada.
Cacerías y jornada
De los reyes de Borbón
Y Austria bruma vil le son
Con su corte y su mesnada.

De Madrid y de Segovia
El estruendo y las orgías,
Festejos y banderías
Con desdén sublime aprobia.
Sólo una idea la agobia
Que le endulza la esperanza,
El si su martirio alcanza
Perdón á su padre, y fiel
Con lengua helada por él
Eterno gemido lanza.

Ve hundirse bosques, montañas,
Tronos y generaciones,
Que ruedan como ciclones
Con palacios y cabañas.
Ve huir miserias y hazañas,
Aldea, villa y ciudad,
Una y otra sociedad
Despareciendo cual humo
Sobre la tierra, vil grumo
Perdido en la inmensidad.

De ese inmenso necrorama
Y montes de escombros viles
Como buhos y reptiles
Ve en disforme panorama
Levantarse al social drama
Otros pueblos y otros reyes
De otros usos y otras leyes,
Que apenas cruzan la tierra
Nuevo turbión los entierra
De otros príncipes y greyes.

Y así contrastados ve
Los siglos é instituciones,
Lenguas y generaciones,
De su inmoble tumba al pie;
Mas ella en su amor y fe

Y en su esperanza sublime
Mientras la Sierra la oprime
Descuida que rueda el mundo,
É incansable en su profundo
Por su padre al cielo gime.

¡Siempre la misma, la misma!
¡Siempre en su inmovilidad
Refringiendo, eternidad,
Tu luz cual gigante prisma!
La mente helada se abisma
Ante aquella sepultura;
Y sumida se figura
Con vértigo temeroso
En el callado reposo
De la eternidad obscura.

El silencio aquel de muerte,
Aquel túmulo de roca,
Que imponente al cielo toca,
Y en tan pavorosa suerte
Dentro aquella Niña inerte,
Virgen de palma y de lirio,
Siendo á un tiempo del Empirio
Aborrecida y amada,
Dejan la razón helada
Y en tinieblas y delirio.



La Cruz de peñascos.

Mira, en fin, á las plantas de la Niña,
 Donde la Sierra apiña
 Sus peñascos en hondas torrenteras,
 Esos mismos peñascos apilados
 Por los coros alados,
 Y que admiran el mundo y las esferas.

Una cruz colosal: que al firmamento
 Por sacro monumento,
 Que venza de los siglos el empuje,
 Con Cándida y Aurora levantaron
 A sus pies, y la armaron
 Do más la tempestad bravía ruge.

—Mira esa cruz, que es símbolo de gloria,
 Si de sangre memoria,—
 Al erigirla, píos la cantaban.
 —Mírala en noche y día, aurora y tarde:
 Que ella, Niña, te guarde:
 Adiós,—y así cantando el vuelo alzaban.

Si no quieres creer á mis acentos,
 Pregúntalo á los vientos

Y á los pueblos de aquende la alta cumbre:
Y ellos dirán que grave en lontananza,
Cual faro de esperanza,
Irradia, hecha de riscos, suave lumbre.



Profecías.



El tiempo rueda y muda las montañas:
 Hoy levanta cabañas
 Donde ayer torreones de granito.
 La eternidad, ángel de amor, no muda,
 Y alegre te saluda
 Con nimbo de esplendor en lo infinito.

Reza, Esmeralda, pues, sufre y espera.
 Si en la terráquea esfera
 De la piedad filial la reina fuiste;
 De las hijas del cielo la más bella
 Serás, como la estrella,
 Que en la mañana de candor se viste.

¡Adiós! En paz, bella Esmeralda, queda.
 El tiempo con su rueda
 Deshilará tu pétreo sudario:
 Yo llevaré del Canto Peñaloso
 A mi hogar y reposo
 Un jirón de tu manto funerario.

¡Adiós! Y este jirón de tu mortaja
 Que á la llanura baja

El cantor de tu amor y sepultura,
Dirá por siglos cien á los hogares,
 Donde tienes altares:
— Señor, lleva á tí ya, Niña tan pura. —

— Lleva, Señor, á tí Niña tan bella,
 Para que sea estrella
En las constelaciones de tu cielo,
(Dirán con él las lenguas de la tierra,
 Al ver como aún la Sierra
Te oprime), la que fué estrella del suelo. —

Y entonces el Cantor de Guadarrama,
 A quien tu voz inflama,
Tu voz de tumba y tu mejilla yerta,
Cantará, al verte en lumbre convertida:
 — Vive la eterna vida
Con tu dichoso padre, Niña muerta. —

26 de Agosto de 1897.

Valverde del Majano.



APÉNDICE.

Página III.—Enemigo de repeticiones juzgo del caso poner aquí parte de la *Introducción* á *El Cantor de Guadarrama*, la que por Abril de 1892 escribí lejos de esta mi bendecida provincia en Bilbao, y que desde Ciudad Rodrigo y Pamplona enviaba el 95 y 96 para las columnas de *El Adelantado* y *La Legalidad* á los distinguidos periodista y diputado provincial, D. Rafael Ochoa y D. Tomás Huertas. Es como sigue:

Segovia, Segovia mía,
Virgen cuna de mi infancia,

.....

Lejos de tus claros ríos,
Do mi faz niño espejaba
Entre plateadas boguillas
Y rosales de sus playas;
Lejos de tus campos, donde
Me escondí entre las doradas
Mieses para sorprender
El nido de las calandrias;
Lejos de tus praderías,
Por cuyo tapiz de *mayas*
Vi retozar tus corderos
Y tus merinos de fama;
Lejos de aquellos pinares,
Cuya sombra regalada
Me dió contra el sol resguardo,

Si los mirlos atisbaba;
Lejos de tus eras, donde
Las lugareñas cantaban
Al ruido del trillo y bieldo,
Del grano y la seca paja;
Lejos de tus muros, lejos
De tu Acueducto y Alcázar,
De tu Catedral, de donde
Tantas veces mi plegaria
A través de la azul bóveda,
Como una virgen sin mancha,
Se elevó al trono de Dios,
De himnos, luz é incienso orlada;
Lejos ¡ay! de tus hogares,
Que tantos recuerdos guardan,
Voy cantando por el mundo
Tus glorias y tus hazañas.

.....
Cada losa de tus templos,
Cada silla de tus aulas,
Cada piedra de tus calles,
Cada palmo de tus plazas,
Cada almena de tus muros,
De tus urnas cada lápida,
Cada flor en tus jardines,
En tus selvas cada planta,
Cada espiga en tus sembrados,
Cada risco en tus montañas,
Encierra, como la concha
Su perla, una gloria intacta.

Son leyendas, que en azules

Espirales tristes vagan
Por la margen de tus ríos,
De tus sierras por la falda,
Remecer aquerenciando
Joven poeta en sus gasas:
Tradiciones son que duermen
So las ojivas y arcadas
De tus templos y castillos,
Y quien las despierte aguardan,
Como las aves al sol
La cabeza bajo el ala.

Yo las quiero despertar
Si el cielo y tu amor me amparan,
Y que me ciñan cual ciñen
Colerines á bandadas
El verde olivo, que suave
Mece matinal el aura,
Y él los columpia amoroso
Y ellos amantes le cantan.

El castillo con sus torres,
Foso, escudo y regias cuadras,
Con su lago y musgo y hiedra,
Do atisban sombras y lamias;
La ermita con su ermitaño,
Su imagen y su campana,
Con su espliego y margaritas,
Sus pardillos y *collalbas*;
Los conventos con sus vírgenes
Y con sus monjes las lauras,
Sus salmos á media noche
Y su apelde en la mañana,

Llenarán de aroma y luz
Y trovas y amor mi alma.

Desde el canto Peñaloso
Oiré cantar á las hadas;
Me columpiaré en las brumas,
Que rondan tu Peñalara;
Descenderé á los jardines
Y á las fuentes de La Granja;
Los ciervos de Riofrío
Se adormirán con mi arpa;
El Eresma y el Clamores
Pararé cabe tu Alcázar
Cuando cante tu delirio
Por tu Fuencisla adorada
O la Estrella de Mazuelos (1),
Que mi cuna en luz bañaba.

Al diablo sorprenderé
Cuando tu Acueducto alza,
Y refrescaré mis labios
En sus cristalinas aguas.

Veré bajar á los ángeles
Tu Catedral soberana
En una aurora de Mayo
Y del iris ondeada,
Como un traslado viviente
De las celestes moradas,
Y en su recinto sagrado
Derramaré ardientes lágrimas,

(1) La Aparecida.

Y sus losas besaré
Cual de niño las besaba.
Sobre su trono de rocas
Con pecho altivo y mirada
De eternidad ir al cielo
Tu Alcázar veré, que abarca
En sus nichos colosales
Toda la prez castellana.

Balsain me ofrece en ruinas
Tus glorias, oh casa de Austria,
Al dulce ruido ó fragor
De los pinos y las hayas.
El Paular armonías,
Del Paraíso bajadas,
En sus claustros solitarios,
Do sombras de luz divagan,
Ceñidas de blancos velos,
De nimbos de gloria orladas.

Cuéllar su Henar tan divina,
Sus genios y sus murallas;
Nieva su santo Pastor
Y su excelsa Soterraña;
Y Fuentidueña en sus bosques
La fuente de Paniagua.

Con su cueva y siete llaves,
Con la celda y *cuchillada*
De tu Patrón é hijo Frutos
Sepúlveda ya me aguarda.
Y con Teodosio Coça,

Y con Jaspe y Soña Prádena,
Y el Espinar y Labajos,
Iscar, San García y Riaza,
Villacastín y Valverde,
Que á mis ojos muestra ufana
La pila de mi bautismo,
Y cuantas villas y cuantas
Aldeas y caseríos
Tu radio bendito esmaltan,
Como macetas de flores
O sembrando bandadas
De blanquisimas palomas,
Que en la campiña segada
El dorado candeal
Espigan rayando el alba,
Todas me ofrecen leyendas
Tan hermosas como varias,
Que en su hidalgo corazón
Como un relicario guardan,
Viendo que cruza sus lindes
El Cantor de Guadarrama.

Yo bajaré con los duendes
Sobre la nieve y las ráfagas
En las noches del invierno
Por las chimeneas anchas,
Do á sus nietos las abuelas
Suelen piadosas contarlas
Y adormirlos con su canto,
Que aroma del cielo exhala,
Y que hace llorar de amor
A los ángeles de guarda.

Desde el disco de la luna
Yo acecharé en las calladas
Noches serenas de estio
Las alegres serenatas,
Que en el fresco ambiente dulces
Acordes de amor derraman,
Y los *poyos* y plazuelas
Y las eras y cabañas,
Do vecinos y criados
Entre el jolgorio y jarana
Hablan de moros, de monjes,
De santos, diablos y magas,
De apariciones de muertos,
Romerías y cucañas.

.....
.....

En todo lo cual de sobras me declararé como el
poeta regionalista de Segovia.



ERRATAS.

Varios acentos abiertos por graves.

			DICE:	DEBE DECIR:
Pág. III.	lin. 6		que,—en	que—en
» V	» 22		pagas; oh	pagas, oh
» 1	vers. 17		Oid	Oíd
» 2	» 1		Oidla	Oídla
» 3	» 4		Ven: tú el	Ven: tù, el
» 35	» 22		rogante	rozagante
» 40	» 19		ambos	ambas
» 49	» 11		esmaltado	esmaltados



Precio de esta obra.

En rústica.....	1	peseta.
En tela.....	1'50	»
En raso.....	2'50	»

De venta en esta capital: librerías de La Concepción, Plaza Mayor, 44.—Mecina, Juan Bravo, 44.—Pedro García, Juan Bravo, 64.—y en casa del autor, Barrionuevo, 7, principal.



1942

1943

1944

1945

1946